



ESPACIO DE OPINIÓN ESPECIALIZADA:

La Tecnocracia: Eficiencia, Poder y el Desafío a la Gobernanza Democrática



Oswaldo Terán académico de la Escuela de Ciencias Empresariales, Universidad Católica del Norte, sede Coquimbo.

La tecnocracia puede definirse como un modelo de gobernanza que prioriza la toma de decisiones por parte de expertos técnicos y científicos, fundamentándose en el conocimiento especializado y el método científico por encima de los procesos políticos tradicionales. Este paradigma privilegia criterios de racionalidad instrumental y eficiencia para abordar los desafíos sociales.

Si bien este enfoque aporta precisión en la solución de problemas específicos, presenta una limitación fundamental: la búsqueda del bien común y la resolución de problemas sociales complejos suelen requerir horizontes de tiempo extensos y deliberación sobre valores, elementos que trascienden la lógica de la eficiencia a corto plazo. Una excesiva instrumentalización de la política puede, por tanto, erosionar los cimientos culturales y valóricos que dan cohesión y sentido a una sociedad.

Aunque es una tendencia de larga data, en la era digital la tecnocracia adquiere una nueva dimensión y alcance global, ob-

servable en dos aspectos clave:

1. Expansión geográfica y política: Su influencia es palpable en sistemas de gobierno diversos, desde democracias avanzadas hasta otros modelos en Asia y Europa del Este, donde la autoridad técnica gana terreno en la administración del Estado.

2. Potenciación tecnológica: Su impacto se amplifica mediante herramientas como la inteligencia artificial, los algoritmos y las plataformas de comunicación digital. Estas tecnologías no solo optimizan procesos, sino que también moldean la información, las narrativas públicas y, en última instancia, la percepción y el comportamiento ciudadano, a menudo alineándose con los intereses de actores con gran concentración de poder económico o político.

Es crucial entender que esta dinámica no es patrimonio exclusivo de la izquierda o la derecha ideológica. Es, más bien, una lógica transversal que puede impregnar cualquier modelo político, impulsada por la búsqueda de productividad, competitividad y una forma de poder que se ejerce tanto mediante el capital como a través de la influencia en

la esfera digital.

En este ecosistema emergen roles diferenciados:

- Decisores técnico-políticos: Una red de actores en la intersección de altos cargos gubernamentales, corporaciones tecnológicas y ámbitos financieros, que define agendas estratégicas.

- La ciudadanía como usuario-elector: La mayoría de la población, cuya interacción con el sistema se da principalmente a través del consumo, el trabajo, el voto y la recepción de información mediada por algoritmos.

Hay una tendencia a que la IA y los medios digitales actúen como el sistema nervioso central de esta forma de gobernanza, pudiendo generar efectos colaterales como polarización, fragmentación social y una creciente sensación de desempoderamiento político.

EL NÚCLEO DEL DESAFÍO: ¿SOBERANÍA DEMOCRÁTICA O GOBIERNO DE LOS EXPERTOS?

Aquí reside la pregunta crucial para el futuro de nuestras sociedades: ¿La política demo-

crática —entendida como la deliberación colectiva en busca del bien común— conserva su soberanía para establecer los fines de la sociedad, o se está convirtiendo progresivamente en un instrumento administrado por lógicas tecnocráticas cuyos fines últimos son la eficiencia y la acumulación de poder?

La creciente simbiosis entre Estados y megacorporaciones tecnológicas, visible en el tráfico de élites y la alineación de políticas, sugiere que la autonomía de lo político se ve comprometida. Algunas voces influyentes desde la tecnocracia llegan a cuestionar abiertamente la compatibilidad de la democracia liberal con la eficiencia y la seguridad, planteando un conflicto de fondo.

CONCLUSIÓN: UNA ENCRUCIJADA CIVILIZATORIA Y AMBIENTAL

La tecnocracia no es "mala" en sí misma; sus herramientas son vitales para gestionar sociedades complejas. El riesgo radica en su potencial para convertirse en un fin en sí mismo, subordinando los valores democráticos, la justicia intergeneracional y la sostenibilidad ecológica al impe-

rativo unidimensional del progreso técnico y el crecimiento.

El desafío, entonces, no es rechazar el conocimiento experto, sino reafirmar con más fuerza la primacía de la esfera política democrática. Se trata de construir instituciones y culturas cívicas robustas capaces de:

- Dirigir la tecnología hacia fines humanistas y ecológicamente sostenibles.

- Establecer límites éticos y democráticos a la concentración de poder técnico-económico.

- Garantizar que la búsqueda de eficiencia no anule la búsqueda de sentido, comunidad y justicia.

La pregunta última es si nuestras sociedades podrán equilibrar la necesaria eficiencia técnica con la indispensable sabiduría política, o si, por el contrario, permitiremos que el medio (la técnica) termine por devorar y redefinir todos nuestros fines colectivos.